

LA MISION MESIANICA DE CRISTO EN LA "DIVES IN MISERICORDIA"

GONZALO ARANDA

I. ORIENTACIÓN BÍBLICA DE LA ENCÍCLICA

Al leer la Encíclica *Dives in Misericordia*, segunda de S.S. el Papa Juan Pablo II, en seguida llama la atención la abundancia de citas bíblicas. De las ciento cuarenta notas que aparecen a pie de página, ciento treinta son citas de la Sagrada Escritura. Este dato nos muestra la perspectiva eminentemente bíblica desde la que el Pontífice aborda el tema del misterio del Padre y de su amor revelado por Cristo, que en lenguaje bíblico se expresa sobre todo como misericordia. En la revelación de este misterio, y especialmente en su contemplación desde el aspecto de misericordia, se manifiesta la dignidad del hombre y la sublimidad de su vocación.

Este tema ya lo había abordado Juan Pablo II en la Enc. *Redemptor Hominis*, al considerar la dimensión divina del misterio de la redención. Ahí subyacían ya las ideas fundamentales que son objeto de profundización y desarrollo en la reciente encíclica. En efecto, en el número 9 de la *Red. Hom.*, y la obra redentora de Cristo se explica como la nueva revelación del Dios de la creación que, *fiel a sí mismo* en su amor al hombre, da cumplimiento en la muerte de Cristo, su Hijo, a su *divina justicia*, manifestando de este modo su amor como la *revelación de su misericordia*.

En la redención, por tanto, Dios se revela como Padre, fiel, justo y misericordioso. Estos temas van a constituir la trama fundamental de la *Dives in Misericordia*, donde se expone su riqueza y su profundo significado para el hombre de todos los tiempos. La fidelidad, la justicia y la misericordia son, en efecto, los atributos que con más insistencia se refieren a Dios en las páginas de la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El momento culminante en el que esos tres atributos confluyen y se revelan es el momento de la muerte y resurrección de Cristo, el que la Iglesia celebra como *mysterium paschale*.

A la luz de los acontecimientos pascuales adquiere relieve toda la historia de la salvación, desde el mismo acto creador hasta el final futuro,

y a esa misma luz aparece la figura de Jesús en su verdadera dimensión, como el *mesías*, redentor del hombre, que ha dado comienzo a un orden nuevo en el que se ofrece la salvación a toda la humanidad. Esta es, a nuestro juicio, la clave con la que el Papa lee la Sagrada Escritura, pensando por una parte en el hombre concreto de la generación presente, urgentemente necesitado de salvación para los males que le aquejan y le acechan, y por otra parte estando seguro, con el convencimiento de la fe, de que únicamente en Jesucristo y su evangelio se ofrece el hombre la posibilidad, real y auténtica, de encontrar la solución y el remedio a los problemas que se plantean en la historia. Son significativas a este respecto las palabras que el Pontífice escribe al final de la encíclica: «Y, si alguno de los contemporáneos no comparte la fe y la esperanza que me inducen (...) a implorar en esta hora de la historia la misericordia de Dios a favor de la humanidad, que trate al menos de comprender el motivo de esta premura. Está dictada por el amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo (...) me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el misterio de Cristo»¹.

Cuando Juan Pablo II, quiere ofrecer a la meditación de los fieles, y aun a la de todos los hombres de buena voluntad, la palabra de la Iglesia sobre la salvación del hombre, no tiene otra palabra que Jesucristo clavado en la cruz, que revela la verdad de Dios como «Padre de la misericordia». Ante un mundo «amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad»² el Papa, siguiendo el camino trazado por San Pablo³, no propone grandes discursos programáticos de convivencia y justicia, sino el misterio de Cristo crucificado que invita al hombre a recurrir a la misericordia de Dios y a practicar él mismo la misericordia como fundamento y condición de posibilidad para la implantación de la justicia y la paz entre los hombres⁴.

II. CONTENIDO GENERAL DE LA ENCÍCLICA

Al presentar en el contexto de las actuales amenazas del hombre el misterio de Cristo y su significación salvífica, Juan Pablo II acude constantemente y de forma sistemática a la Sagrada Escritura. En ella descubre esa revelación del misterio de Cristo, y al filo de sus expresiones, y recogiendo la doctrina de los grandes temas bíblicos, es como va desarrollando

1. *Dives in Misericordia* (Div. Mis.) n.º 15.

2. *Ibidem*, n.º 2.

3. Cfr. 1 Cor 1, 22-25.

4. Cfr. *Div. Mis.*, n.º 12.

la enseñanza sobre la dimensión divina del misterio de la redención. El Papa es consciente de que la palabra de la Biblia tiene una fuerza singular para enseñarnos la verdad de Dios⁵, por lo que desea en la presente Encíclica «recurrir al lenguaje eterno —y al mismo tiempo incomparable por su sencillez y profundidad— de la revelación y de la fe, para expresar precisamente con él una vez más, ante Dios y ante los hombres, las grandes preocupaciones de nuestro tiempo»⁶.

En efecto, ya el mismo título de la Encíclica nos introduce de lleno en el gran tema bíblico con el que el Pontífice quiere presentar el misterio de la redención obrada por Cristo en favor del hombre: el tema de la misericordia. «Dios rico en misericordia —comienza, citando Ef. 2, 4— es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre»⁷. Pero el carácter de dicha revelación se pone en seguida de relieve al recordar a continuación el pasaje de Jn 14, 8ss. donde Jesús dice al apóstol Felipe: «Quien me ve a mí, ve al Padre».

Con estas dos citas del Nuevo Testamento queda perfectamente enfocada la orientación de la Encíclica: En Jesucristo —Dios y hombre verdadero— se revela la misericordia de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo expresará el Pontífice con estas palabras en el n.º 2: «Esta revelación (de Cristo) manifiesta a Dios en el insondable misterio de su ser —uno y trino— (...) Mediante esta relevación de Cristo conocemos a Dios, sobre todo, en su relación de amor hacia el hombre (...). Sus perfecciones invisibles (de Dios) se hacen visibles en Cristo y por Cristo a través de sus acciones y palabras y, finalmente, mediante su muerte en la cruz y su resurrección (...); se hace también particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió 'misericordia'».

A lo largo de la Encíclica Juan Pablo II irá exponiendo la importancia que el tema de la misericordia tiene en el mensaje mesiánico de Jesús, y precisará después el profundo significado que refleja este atributo de Dios a través de la rica terminología del Antiguo Testamento —especialmente en los términos *hesed* y *rah^amin*—, y más aún en la enseñanza de la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) en la que la «analogía permite comprender más plenamente el misterio mismo de la misericordia en cuanto drama profundo que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo»⁸.

Una vez expuesto el alcance del concepto de misericordia, central en la doctrina bíblica, el Pontífice se detiene en la consideración del misterio pasual, donde se hace justicia del pecado y de la muerte al precio de la

5. Cfr. 2 Tim 3, 15-16.

6. *Div. Mis.*, n.º 2.

7. *Ibid.*, n.º 1.

8. *Ibid.*, n.º 5.

muerte del que estaba sin pecado, Jesucristo, que aunque no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros⁹. En el momento presente de la historia, la humanidad, consciente de sus posibilidades y sus tremendas amenazas, tiene urgente necesidad de la misericordia divina. Por eso el Papa exhorta a continuación a la Iglesia a que «adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión»¹⁰.

Esto lo realizará la Iglesia en primer lugar profesando la misericordia de Dios revelada en Cristo como verdad salvífica de fe, encarnando en la vida de los fieles —y de los hombres de buena voluntad— la práctica de la misericordia, e implorándola constantemente de Dios para que se haga presente en el mundo contemporáneo.

Como puede apreciarse en este rápido esquema de su contenido, la *Dives in Misericordia* recoge el tema medular de la Sagrada Escritura y de la historia de la salvación, exponiéndolo a la consideración del hombre de hoy no como una verdad abstracta, sino como un grito de esperanza surgido de la realidad concreta de la historia del hombre, en la que se ha hecho presente el amor de Dios a través de Cristo y de su Iglesia. Es así como Juan Pablo II aborda y expone el misterio de Cristo vivido en la Iglesia y expresado en la Biblia. Está convencido de que «la revelación y la fe nos enseñan no tanto a meditar en abstracto el misterio de Dios, como 'Padre de la misericordia', cuanto a recurrir a esta misma misericordia en el nombre de Cristo y en unión con El»¹¹.

III. LA MISIÓN MESIÁNICA DE CRISTO

Como tema central de la Encíclica, iluminado bajo la consideración de la revelación de la misericordia de Dios a través de toda la Sagrada Escritura, aparece la figura de Jesús y su misión mesiánica. Queremos ahora precisar, siguiendo las orientaciones de la *Dives in Misericordia*, las características del mesianismo de Jesús: cómo expresa y realiza Jesús su función mesiánica y qué alcance tiene en orden a la historia concreta del hombre. Comprender bien la obra mesiánica de Cristo es condición indispensable para tomar recta conciencia de la misión de la Iglesia y de su servicio a los hombres de nuestro tiempo.

1.º *Jesús tiene conciencia de su misión mesiánica y la manifiesta con sus palabras y sus obras*

En este sentido entiende S.S. Juan Pablo II los textos de Lc 4, 18s y Lc 7, 19s en los que Jesús aparece dando testimonio de su misión en

9. Cfr. 2 Cor 5,21.

10. *Div. Mis.*, n.º 12.

11. *Ibidem*, n.º 2.

la sinagoga de Nazareth y ante los enviados del Bautista. Las frases de Lc 4, 18s son «la primera manifestación mesiánica a la que siguen los hechos y palabras conocidos a través del evangelio»¹². El Papa llama la atención sobre el hecho significativo de que los hombres a quienes Cristo revela al Padre mediante sus hechos y palabras sean precisamente, como se desprende del texto bíblico, «en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores»¹³.

Este programa mesiánico Jesús lo realiza «con su estilo de vida y con sus acciones». En efecto, los milagros realizados por Jesús, su trato con la multitud y con personas singulares, incluidos especialmente los pecadores, constituyen una manifestación clara de la presencia del amor operante en el mundo. Amor que a la luz de la predicación del Señor «reflejada preferentemente en parábolas, debido a que éstas expresan mejor la esencia misma de las cosas»¹⁴, se define como misericordia. Juan Pablo II destaca la parábola del hijo pródigo¹⁵, la del buen samaritano¹⁶, la del siervo inicuo como antítesis¹⁷; la del buen pastor que busca la oveja descarriada¹⁸, y la de la dracma perdida¹⁹. En este sentido podrían citarse otros muchos pasajes evangélicos, aunque los aducidos muestran suficientemente cómo la misericordia es la clave para comprender las acciones y la presencia de Jesús entre los hombres. Así lo proclamarán San Juan en su primera carta al decir que Dios es amor²⁰, y San Pablo al designar a Dios como «rico en misericordia»²¹.

Contemplando pues las acciones y las palabras de Jesús, la misericordia de Dios aparece como una realidad que El nos ha hecho presente —así lo señala la Encíclica—; y, al mismo tiempo, tales acciones y palabras manifiestan que en la conciencia de Cristo, el reconocimiento fundamental de su función y misión de mesías es hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia²².

Esta conciencia mesiánica de Cristo se desprende especialmente de la aplicación que El se hace a sí mismo de las profecías de Isaías en la sinagoga de Nazareth, y ante los enviados del Bautista. Pero es en toda su actitud hacia el hombre, en los sentimientos del corazón de Cristo donde la Iglesia puede leer y venerar de forma particular la misericordia de Dios, donde se manifiesta con toda su fuerza la conciencia mesiánica que dirigió

12. *Ibid.*, n.º 3.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. Cfr. Lc 15, 11-32.

16. Cfr. Lc 10, 30-37.

17. Cfr. Mt 18, 23-35.

18. Cfr. Mt 18, 12-14, Lc 15, 3-7.

19. Cfr. Lc 15, 8-10.

20. Cfr. 1 Jn 4, 16.

21. Cfr. Ef 2, 4.

22. Cfr. *Div. Mis.*, n.º 3.

la actuación y predicación de Jesús de Nazareth. «En efecto, escribe el Papa, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto —en un cierto sentido y al mismo tiempo accesible en el plano humano— de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre»²³.

Cristo, pues, como hombre, y al nivel de la historia empírica del hombre, se presenta a sí mismo como portador de la misericordia de Dios hacia el hombre, sobre todo hacia el necesitado, física o moralmente, de experimentar la presencia del amor operante. Es así como, efectivamente, el mensaje mesiánico, que más que como una verdad se ha de entender como la realidad total de Cristo en la historia humana, conserva —en palabras de Juan Pablo II— una particular dimensión divino-humana. «Cristo —en cuanto cumplimiento de las profecías mesiánicas—, al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presente y revela de este modo más plenamente al Padre, que es Dios 'rico en misericordia'»²⁴.

Podríamos decir, glosando la enseñanza del Papa, que Jesús de Nazaret en su realidad histórica tal como aparece en los evangelios se considera a sí mismo, actúa y se presenta como aquél que ejerce plenamente la misericordia que Dios había manifestado hacia su pueblo a lo largo de la historia sagrada, y había prometido para el futuro. Esto significa que, para Jesús, la conciencia de su mesianidad traspasa los límites de cualquier perspectiva humana, por noble y elevada que sea, y se sitúa en una dimensión transcendente que llega hasta la identificación con la divinidad. A las palabras del evangelio de San Juan citadas repetidamente en la Encíclica, «el que me ve a mí ve al Padre», podemos añadir aquellas del mismo evangelio «yo y el Padre somos uno»²⁵. Pero al mismo tiempo, sólo a través de la auténtica y plena humanidad de Cristo, en su sentir y hacer presente, como hombre, de forma real, el amor al hombre en la concreción de la historia, se realiza la presencia del amor misericordioso del Padre. Esta es la dimensión divino-humana del mensaje mesiánico y de Jesucristo en quien se encarna ese mensaje.

2.º *La misión mesiánica de Jesús culmina con su muerte en la Cruz y su Resurrección*

El mensaje mesiánico de Cristo, Cristo mismo, no puede entenderse si no es desde la perspectiva de la muerte en la cruz. La figura del cru-

23. *Div. Mis.*, n.º 13.

24. *Ibidem*, n.º 3.

25. Jn 10, 30.

cificado, que para los judíos constituía un contrasentido mesiánico, un escándalo²⁶, San Pablo la entiende como el gesto supremo del amor de Cristo por el hombre²⁷, y San Juan como la culminación del amor²⁸. En perfecto acuerdo con la doctrina bíblica, en la *Dives in Misericordia* se resalta el sentido de la cruz en orden a la misión mesiánica de Cristo. La muerte en cruz no es un hecho aislado o casual en la vida de Cristo, sino la culminación de lo que El venía realizando y predicando: «La cruz, escribe Juan Pablo II, es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino. La cruz es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret (Cfr. Lc 4, 18-21) y repitió más tarde ante los enviados de Juan Bautista (Cfr. Lc 7, 20-23)»²⁹.

Si en los milagros y en la actuación de Jesucristo durante su vida pública se ven cumplidas las señales anunciadas por los profetas para los tiempos mesiánicos —y así lo proclama el mismo Jesucristo en Nazaret y ante los enviados del Bautista— esto mismo ocurre respecto a la muerte en la cruz. Es «la etapa final de la función mesiánica» en la que «se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del siervo de Yahvé: 'por sus llagas hemos sido curados' (Is 53,5)»³⁰. El rechazo por parte de su pueblo, hasta la muerte, entra en la conciencia de la misión mesiánica de Cristo, conciencia que El mismo expresó a la luz de las profecías del Antiguo Testamento. «Con la cruz y la resurrección termina el mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres»³¹.

En la perspectiva de la Encíclica, la cruz es como el resumen de la obra de Cristo. Se puede afirmar, como hace el Pontífice, que «Cristo en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre por medio de la palabra y de la cruz»³². Porque en efecto, la cruz «constituye 'el momento más empírico' que nos permite desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el 'principio' elegidos, en este Hijo, para la gracia, y la gloria»³³. La muerte de Cristo en la cruz, está, por tanto, en armonía con la actuación de Dios a lo largo de toda la historia de la salvación; es el gesto supremo de la fidelidad de Dios a sí mismo, al amor que tuvo como fruto

26. Cfr. 1 Cor 1, 23.

27. Cfr. Gal 2, 20; Rom 8, 32.

28. Cfr. Jn 13, 1.

29. *Div. Mis.*, n.º 8.

30. *Ibidem*, n.º 7.

31. *Ibidem*.

32. *Ibidem*, n.º 13.

33. *Ibidem*, n.º 7.

la creación del mundo y del hombre. La voluntariedad de Cristo en la aceptación de la muerte entra como signo esencial en la manifestación del amor de Dios inherente a esa misma muerte.

Pero si la cruz es, en cierto sentido, la última palabra de Cristo en la realización de su función mesiánica, no es todavía, sin embargo, la última manifestación del Dios de la Alianza. Esta tiene lugar en la resurrección del mismo Cristo: la última palabra «será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: 'ha resucitado'»³⁴. De ahí que la función mesiánica no termina en la muerte de Cristo en la cruz. Hay un signo final que da a la cruz una dimensión escatológica: la proclamación de que el crucificado ha resucitado.

Señala Juan Pablo II que «el fundamento del cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte»³⁵. Efectivamente esto es así porque en el calvario se ha dado el gesto supremo del amor, como escribe S. Juan: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que dio su vida por nosotros»³⁶. La muerte de Cristo en la cruz marca un tiempo nuevo, el tiempo de la manifestación suprema de la misericordia de Dios, el tiempo escatológico. San Pablo lo enseña de la siguiente forma: «En el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos... la prueba de que Dios nos ama es que Cristo siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros»³⁷. Pero aunque en la muerte de Cristo se encierra el fundamento del cumplimiento escatológico, es en su resurrección donde, como respuesta de Dios ante esa muerte, se manifiesta, ya en este mundo y en esta historia nuestra, la eficacia del amor misericordioso de Dios. En efecto, la resurrección, como acontecimiento «histórico», es la última palabra de Dios con respecto a Jesús y a su paso por este mundo. Palabra que refleja el poder de Dios actuando en la historia del hombre —de Jesús de Nazaret— con la fuerza de una nueva creación³⁸, fruto de su misericordia. En este sentido «el hecho de que Cristo 'ha resucitado al tercer día' (1 Cor 15,4) constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal»³⁹.

Como signo final de la misión mesiánica, la resurrección afecta al mismo Jesucristo que, de este modo, «ha sido constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos»⁴⁰, y ha sido exaltado como Señor del universo⁴¹. La resurrección de Cristo afecta también al cristiano, ya en este mundo, que por la fe en el

34. *Ibid.*

35. *Ibidem*, n.º 8.

36. 1 Jn 3, 16.

37. Rom. 5, 6-8, Cfr. 1 Jn 4, 10-19.

38. Cfr. 1 Cor 15, 45; Ef 2, 15.

39. *Div. Mis.*, n.º 8.

40. Rom 1, 4.

41. Cfr. Fil 2, 9-11.

misterio pascual participa del amor de Dios, manifestado como justificación del hombre en la historia de la salvación. A este respecto escribía San Pablo que, como a Abraham, también a nosotros la fe es imputada como justicia, «a nosotros que creemos en Aquél que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado, para nuestra justificación»⁴². La resurrección es signo final de la función mesiánica de Cristo, también en cuanto fuerza presente capaz de transformar al hombre que participa de ella —y de la muerte— por el Bautismo. La libertad del cristiano frente al mal como fruto de la resurrección de Jesucristo manifiesta el amor y la misericordia de Dios hacia el hombre concreto, en este mundo: «al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva»⁴³.

Pero, al mismo tiempo, la resurrección de Cristo —comenta Juan Pablo II— «constituye el signo que preanuncia 'un cielo nuevo y una tierra nueva' (Apoc 21, 1), cuando Dios 'enjuagará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado' (Apoc 21, 4)»⁴⁴. Aquí queda traspasada la misión mesiánico-histórica de Cristo para situarnos frente a lo que ha de ser el final de esa misma historia. Pero ese final, hacia el que el hombre camina entre amenazas y lacras de todo tipo, ya está anticipado en la resurrección de Jesús como signo último de su misión mesiánica, como signo que preanuncia la plena realización y felicidad del hombre. San Juan lo expresa, como hemos visto en los pasajes citados en la Encíclica, en lenguaje apocalíptico; San Pablo lo dirá de otra forma: «todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias, luego los de Cristo en su venida, luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad»⁴⁵.

3.º *El contenido de la misión mesiánica de Cristo expresado bajo el concepto de misericordia*

Siguiendo las orientaciones de la *Dives in Misericordia*, hemos intentado exponer la presentación que Jesús hizo de su misión mesiánica y la culminación de ésta con su muerte en la cruz y su resurrección. Ahora queremos detenernos en considerar la naturaleza de su mesianismo, también a la luz de las expresiones de la Encíclica. Aunque lo hemos ido señalando anteriormente, conviene recalcar —pues así lo hace el Pontífice— que el contenido de la misión mesiánica de Cristo, tal como El mismo la pre-

42. Rom 4, 24-25.

43. Rom 6, 4; Cfr. Gal 5, 1.

44. *Div. Mis.*, n.º 8.

45. 1 Cor 15, 22-24; Cfr. Rom 8, 18-25.

senta y nos testimonia el Nuevo Testamento, no es otro que la manifestación de la misericordia de Dios. Sin embargo convendrá también —siguiendo la exposición de la Encíclica— precisar en qué consiste dicha misericordia y qué expresiones alcanza en el ámbito concreto de la historia humana, sobre todo en relación con una de las grandes aspiraciones del hombre de hoy: las relaciones de justicia interhumana. De esta forma creemos que quedará iluminado el concepto de mesías tal como la Iglesia la aplica a Jesús de Nazaret.

Con verdadera insistencia Juan Pablo II afirma repetidas veces a lo largo de la Encíclica que Cristo mediante sus hechos y palabras, conocidos a través del Evangelio, hace presente al Padre entre los hombres, y que tales palabras y hechos, incluida la muerte en cruz, son continuación de su primera declaración mesiánica en la sinagoga de Nazaret. Ahora bien, hacer presente al Padre entre los hombres se concreta en primer lugar en el amor a los que sufren, a los pobres, a los prisioneros, a los oprimidos, a los pecadores⁴⁶. Es precisamente en la realidad de tal amor donde «Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre»⁴⁷. Así pues, el contenido de la misión mesiánica de Jesús no puede entenderse sino como la presencia en el mundo del amor operante «que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Amor que se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la 'condición humana' histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral»⁴⁸.

a) *Dimensión transcendente del concepto de misericordia*

El amor así entendido, y hecho realidad en la vida de Cristo, va más allá de la filantropía interhumana, pues manifiesta en las mismas acciones prodigiosas de Jesús y en sus palabras una dimensión transcendente. En efecto, como señala Juan Pablo II, «el modo y el ámbito en que se manifiesta ese amor es llamado 'misericordia' en el lenguaje bíblico»⁴⁹. Será por tanto a la luz del significado del concepto de misericordia en el Antiguo Testamento, y especialmente a la luz de la enseñanza de Jesús, como puede comprenderse la realidad profunda y la naturaleza de la obra mesiánica de Cristo.

En el *Antiguo Testamento*, al que el Papa dedica el cap. III de la Encíclica, «el concepto de misericordia tiene una larga y rica historia»⁵⁰. La misericordia de Dios se manifiesta ahí de forma especial cuando el

46. Cfr. *Div. Mis.*, n.º 3, 9, etc.

47. *Ibidem*, n.º 3.

48. *Ibid.*

49. *Ibid.*

50. *Ibid.*, n.º 4.

pueblo de Israel, consciente de su infidelidad, acude a Dios implorando el perdón y la ayuda divina.

El Papa cita numerosos ejemplos llamando la atención sobre la doctrina de los profetas que, al recurrir a la misericordia de Dios por los pecados del pueblo, la ponen en relación con el amor peculiar de elección que Dios tiene por su pueblo, como un esposo hacia su esposa, como una madre hacia su niño pequeño. «En la predicación de los profetas —concluye en este punto el Papa— la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido»⁵¹. Israel experimentó esta misericordia de Dios, tanto a nivel comunitario como individual. Especialmente en el acontecimiento del Exodo, donde Dios se define a sí mismo ante Moisés como «Dios de ternura y de gracia —'el *rahum wehannun*'— lento a la ira, y rico en misericordia y fidelidad —*werab-hesed we'emet*—»⁵². En esta definición de Dios se han dado cita los términos principales con los que se expresa la misericordia en el Antiguo Testamento. En la Encíclica aparece un estudio sintético de tales términos, especialmente *hesed*, que viene a significar «fiel en el amor», más allá de la justicia legal; y de *rahamin*, que denota el amor maternal⁵³. La multiplicidad de términos, señala el Pontífice, «tiende hacia un único contenido fundamental para expresar la riqueza transcendental de la misericordia de Dios y al mismo tiempo acercarla al hombre»⁵⁴.

Estas consideraciones dan pie al Pontífice para hacer una primera comparación entre la misericordia y la justicia como atributos divinos. «La justicia —dice resumiendo la enseñanza del Antiguo Testamento— es auténtica virtud en el hombre, y perfección transcendental en Dios; pero el amor es más 'grande' que ella: es superior en el sentido de que es primario y fundamental»⁵⁵. El bien mesiánico por excelencia, ya en el Antiguo Testamento, es precisamente la misericordia en la que se manifiesta que el amor tiene primacía y superioridad sobre la justicia, hasta tal punto, señala el Papa en perfecto acuerdo con los mejores estudios bíblicos, que «el término mismo de justicia acabó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia»⁵⁶. Esto no quiere decir que la justicia quede anulada en aras de la misericordia, sino más bien que aquélla ha sido superada por ésta sin perder por eso su carácter propio. La razón de ello está en que la justicia es en Dios consecuencia de su amor, ya que en cuanto creador se ha vinculado con especial amor a su criatura. La misericordia consiste en mantenerse fiel a ese amor más allá de lo que podría reclamar la justicia. Pero será en la misión mesiánica de Cristo don-

51. *Ibidem*.

52. Ex 34, 6.

53. Cfr. *Div. Mis.*, n.º 4, nota 52.

54. *Div. Mis.*, n.º 4.

55. *Ibidem*.

56. *Ibidem*.

de se manifiesten en su plenitud la misericordia y la justicia de Dios en relación al hombre.

El significado de la misericordia en el *Nuevo Testamento*, lo pone de relieve Juan Pablo II acudiendo a la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Aquí aparece la misericordia de Dios «como un drama profundo que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo»⁵⁷. El lenguaje simbólico de la parábola permite ver en el hijo que malgasta la herencia «al hombre de todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y la justicia original»⁵⁸. En tal situación, el hijo pródigo es consciente de aquello a lo que puede aspirar según las normas de la justicia: ser un jornalero en casa de su padre. Pero al mismo tiempo era consciente de que la relación paternidad-filiación «no podía ser eliminada ni destruida por ningún comportamiento»⁵⁹; tiene conciencia de la dignidad perdida y de este modo acude a su padre. Y el padre, que es «fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo» expresa su fidelidad en la parábola mediante la pronta acogida hacia el hijo que ha pecado, y, sobre todo, mediante la alegría reflejada en el banquete⁶⁰. Es así como aparece, en una síntesis completamente nueva, la visión neotestamentaria de la misericordia, continuando la enseñanza del Antiguo Testamento.

El Pontífice destaca cómo, según la parábola, la misericordia resplandece en el hecho de que se ha salvado un bien fundamental, la humanidad y la dignidad del hijo que ha sido como encontrada de nuevo. El padre tiene conciencia de ello y lo manifiesta con su alegría que «indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo no deja de ser hijo real de su padre; indica, además, un bien hallado de nuevo, que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo»⁶¹.

b) *La misericordia revelada en la cruz y en la función mesiánica de Jesús*

La enseñanza de la parábola del hijo pródigo ilumina la realidad profunda de la función mesiánica de Cristo que culmina con su muerte en la cruz y con la resurrección. En efecto, la cruz de Cristo significa que Dios sale al encuentro del pecado y de la muerte, las raíces más profundas del mal en el mundo, debido a la desobediencia del hombre. Cristo muere en la cruz, «hecho pecado por nosotros»⁶², asumiendo voluntariamente la muerte, él que no había conocido pecado. De este modo, en la muerte de

57. *Ibid.*, n.º 5.

58. *Ibid.*

59. *Ibid.*

60. Cfr. *Ibid.*, n.º 6.

61. *Ibidem.*

62. 2 Cor 5, 21.

Cristo «se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad (...), se hace justicia del pecado a precio de su sacrificio, de su obediencia 'hasta la muerte' (Flp 2,8); se hace también justicia de la muerte bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y del único que podía —mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte»⁶³.

Tal justicia nace del amor y manifiesta el amor, «emerge del núcleo mismo de aquel amor, del que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, ha sido gratificado según el eterno designio divino»⁶⁴. Juan Pablo II subraya la conexión entre la creación por la que Dios permanece en estrecha vinculación con el mundo, y la redención por la que se ha unido al hombre por un vínculo aún más profundo haciéndole participar de su misma vida divina como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios se manifiesta así fiel a su eterno amor por el hombre, que tuvo como primer fruto la creación misma. La cruz es el momento en que se realiza «el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el 'beso' dado por la misericordia a la justicia (Sal 85, 11)»⁶⁵.

Pero si la cruz de Cristo hace presente la justicia y la misericordia de Dios, al mismo tiempo, es una llamada al hombre, a todo hombre, a sentir él la misericordia hacia Cristo, el inocente crucificado: «El mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos»⁶⁶. Esto representa, como señala Juan Pablo II, un cambio fundamental introducido por la misión mesiánica de Cristo en el curso de la revelación del amor y la misericordia⁶⁷, ya que de este modo trata de sacar de la misma libertad del hombre el amor «que no es solamente un acto de solidaridad con el Hijo del Hombre que sufre, sino también, en cierto modo, 'misericordia' manifestada por cada uno de nosotros hacia el Hijo del eterno Padre»⁶⁸.

En esta llamada al hombre, continúa diciendo el Pontífice, radica el mayor respeto y elevación de la dignidad humana, pues el hombre, al tiempo que experimenta, manifiesta él mismo la misericordia, tal como se resume en las palabras de Jesús: «Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia»⁶⁹. «Estas palabras del sermón de la montaña —comenta Juan Pablo II—, al hacer ver las posibilidades del 'corazón humano' en su punto de partida ('ser misericordiosos'), ¿no revelan quizá el misterio profundo de Dios: la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del

63. *Div. Mis.*, n.º 7.

64. *Ibidem*.

65. *Div. Mis.*, n.º 9.

66. *Ibidem*, n.º 7.

67. *Cfr. Ibid.*

68. *Div. Mis.*, n.º 8.

69. Mt 5, 7.

Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia, que a su vez revela la perfección de la justicia?»⁷⁰. Pues, en efecto, mediante la muerte en la cruz, Cristo revela la misericordia de Dios, que hace al hombre justo, capaz de sentir él mismo misericordia hacia Cristo doliente y hacia los necesitados con los que El se identifica⁷¹.

Pero donde se revela la plenitud de la misericordia es en Cristo resucitado, pues ahí se ve que Dios «ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección»⁷², ahí se despliega el poder del amor del Padre, más allá de la justicia, experimentado por Cristo en su resurrección como amor más fuerte que la muerte⁷³. Es en el conjunto del misterio pascual donde la función mesiánica de Cristo alcanza su cumplimiento pues verle a El en la profundidad de ese misterio es ver al Padre.

La redención del hombre obrada por Cristo nos muestra el verdadero significado de la misericordia, precisamente el sentido en el que la misericordia «constituye —en palabras de Juan Pablo II— el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión (...). El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre»⁷⁴. Jesucristo en cuanto mesías nos ha manifestado el verdadero sentido de la misericordia de Dios porque del mal, el pecado y la muerte, ha sacado para el hombre los mayores bienes, la gracia y la vida.

Si en el Antiguo Testamento la misericordia de Dios se significaba llamándole *rabum*⁷⁵ o atribuyéndole la misericordia, *rabamin*, con la connotación del amor materno, en los evangelios se predica de Cristo, y únicamente de él, el término *splagnizomai* que tiene esa misma connotación de amor maternal y entrañable⁷⁶. Con este verbo se expresa el sentimiento de Jesús ante los necesitados⁷⁷ y, cuando en la carta de Santiago se atribu-

70. Cfr. Mt 25, 40.

71. *Div., Mis.*, n.º 8.

72. Cfr. *Ibidem*.

73. Cfr. Jn 14, 9.

74. *Div. Mis.*, n.º 6.

75. Este título aparece doce veces aplicado a Dios, la primera en Ex 34,6. Del hombre en cambio sólo se dice dos veces. Esto refleja cómo el «ser misericordioso» se predica fundamentalmente de Dios.

76. Traduce el término *rabum* del Antiguo Testamento con la misma connotación semántica. *Rabum* deriva de *rehem* que significa el regazo materno; *Splagnizomai*, de *splagina* que se emplea para designar, además de entrañas en general, el seno materno. De las doce veces que el verbo aparece en los evangelios, nueve se atribuye a Jesús y tres a personajes de las parábolas que pueden representar a Cristo (Cfr. Mt 18, 27; Lc 10, 33; 15-20). Es interesante notar su uso aplicado al padre en la parábola del hijo pródigo (Cfr. Lc 15,20).

77. Se emplea sobre todo para manifestar los sentimientos de Cristo ante la multitud (Cfr. Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; Mc 6, 34, 8, 2) ante los ciegos (Cfr. Mt 20, 34), los leprosos (Mc 1, 41), la viuda de Naim (Lc 7, 13).

ye a Dios —al Señor— el título de *rabum* citando las expresiones del Antiguo Testamento ⁷⁸, se hace recargando el término griego de forma inesperada *polysplaginos* como diciendo que Dios ama con muchas entrañas de madre.

c) *Misericordia y justicia en la misión de la Iglesia*

«El programa mesiánico de Cristo, señala Juan Pablo II, se convierte en el programa de su pueblo, el de su Iglesia (...) que debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad» ⁷⁹. Esto lo realiza la Iglesia cuando proclama la conversión a Dios que «consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno (Cfr. 1 Cor 13, 4) a medida del Creador y Padre: el amor al que 'Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo' (2 Cor 1,3) es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo» ⁸⁰.

Pero la profesión y proclamación de la misericordia de Dios en Cristo crucificado y resucitado la realiza la Iglesia, sobre todo, con su testimonio concreto en la historia humana. «Mediante este testimonio de vida, la Iglesia cumple la propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo» ⁸¹. El testimonio de vida que la Iglesia está llamada a dar tiene su modelo en Cristo crucificado. ¡Desconcertante modelo!, lo llama el Papa; pero «sobre cuya base debemos purificar continuamente todas nuestras acciones y todas nuestras intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás» ⁸².

Cristo en la cruz nos enseña que la misericordia no es unilateral, sino que aquél que la practica la recibe al mismo tiempo como un don; la cruz apela a la misericordia del hombre siendo ella misma la manifestación de la misericordia de Dios. De modo similar, el amor misericordioso «en las relaciones entre los hombres no es nunca un acto o un proceso unilateral (...) sólo es realmente un acto de amor misericordioso cuando practicando la misericordia nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos de parte de quienes la aceptan de nosotros» ⁸³.

Descubrir esta profunda bilateralidad en el amor, a pesar de las dificultades que surgen, es lo propio de quien mira a Jesucristo con fe; es creer en la misión mesiánica de Jesús en la que se unen profundamente la misericordia y la justicia; es aceptar, por tanto, que las relaciones inter-

78. Cfr. St 5, 11; Sal 103, 8; 111, 4.

79. *Div. Mis.* n.º 8.13.

80. *Ibidem*, n.º 13.

81. *Ibid.*

82. *Ibid.*

83. *Ibid.*, n. 14.

humanas y sociales no pueden basarse únicamente en la estricta justicia separada de la misericordia. Las formas de pensar que consideran la misericordia «como un acto unilateral que presupone y mantiene las distancias... entre el que hace el bien y el que lo recibe» pretenderán «separar de la misericordia las relaciones interhumanas y sociales, y basarlas únicamente en la justicia (...) pero tales juicios no descubren la vinculación fundamental entre la misericordia y la justicia, de que habla toda la tradición bíblica, y en particular la misión mesiánica de Cristo»⁸⁴.

La Iglesia está llamada a introducir «en el ámbito multiforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el 'amor misericordioso' que constituye el mensaje mesiánico del evangelio»⁸⁵. Sería erróneo y contrario a la enseñanza del Papa pensar que en tal caso la Iglesia no tuviera como misión propia interesarse por el establecimiento de la justicia en las relaciones interhumanas, precisamente cuando el mismo Pontífice afirma que «el cumplimiento de las condiciones de la justicia es indispensable, sobre todo, a fin de que el amor pueda revelar su propio rostro»⁸⁶. Pero sería igualmente erróneo entender la misión de la Iglesia, continuadora de la misión mesiánica de Cristo, reducida a hacer un mundo más justo según las reglas de la estricta justicia. La Iglesia aspira a establecer la justicia celebrando el misterio pascual, el «amor misericordioso de Dios manifestado en Cristo». Desde ahí puede decirse que tiene la misión de conferir a la justicia «un contenido nuevo que se expresa de la manera más sencilla y plena en el perdón (...). La Iglesia considera justamente como propio deber, como finalidad de la propia misión, custodiar la autenticidad del perdón, tanto en la vida y en el comportamiento como en la educación y en la pastoral... y lo hace custodiando la fuente, esto es, el misterio de la misericordia de Dios mismo, revelado en Jesucristo»⁸⁷.

CONCLUSION

La misión mesiánica de Cristo, hecha presente a lo largo de los siglos por la Iglesia, se manifiesta en la Sagrada Escritura como la revelación de la misericordia de Dios. Jesús de Nazaret es el mesías para toda la humanidad porque mediante su vida entre los hombres ha hecho presente el amor misericordioso, un amor que trasciende cualquier concepción y realización intramundana, porque tiene su fundamento último en Dios, creador del mundo, y por fidelidad a sí mismo, redentor del hombre, liberándolo del mal en sus raíces más profundas, el pecado y la muerte. La función mesiánica de Cristo sólo se comprende a la luz de esa trascen-

84. *Ibid.*

85. *Ibid.*

86. *Ibid.*

87. *Ibid.*

dencia. Así es como aparece en el Nuevo Testamento preparado en la historia de la salvación por el Antiguo. Así es como la presenta Juan Pablo II en la *Dives in Misericordia*.

Cristo ha realizado su función mesiánica durante su existencia histórica sobre la tierra, especialmente mediante su muerte en la cruz. La cruz y la resurrección testimonian la dimensión trascendente del mesianismo de Jesús, mostrando, al mismo tiempo, que la misión mesiánica se desarrolla en el interior de la historia humana. Aquí es donde el contenido de la misión mesiánica se manifiesta como misericordia que hace presente el amor operante en el mundo, restituyendo al hombre la dignidad que le fue otorgada en la creación. La misericordia, por tanto, expresión del mesianismo de Jesús y de la misión de la Iglesia, se desarrolla en el interior de la historia dando a todas las realidades humanas una dimensión nueva, la dimensión del amor manifestado en Cristo.

